

Inserción en el mundo laboral protegido

Esta presentación estará dividida en dos partes:

1. Algunas aportaciones para la reflexión sobre la sociedad actual y la salud mental.
2. El relato de una experiencia de inserción en el mundo laboral protegido. Es la experiencia que desde hace ya 10 años seguimos en la Fundació Cassià Just. Una experiencia que pretende, por un lado, poner en cuestión, dialectizar, la palabra protegido que aparece en el título de la presentación; y de otro orientarse en el doble sentido que tiene la palabra empresa: empresa como un lugar de trabajo remunerado, y empresa en el sentido de la tarea de acompañamiento que nos proponemos.

Sociedad actual y vulnerabilidad

La sociedad actual trasmite como ideal de masas, un individualismo que incluye un imperativo: “Vive tu propia vida”, y que en su forma más extrema pueden formularse como un: “no dependas de nadie”.

Lo que en el *marketing*, lugar privilegiado para generar demandas, se traduce como: “todo es posible”.

Eslogan de una famosa marca de zapatillas de deporte (por cierto acusada de utilizar en su fabricación, niños como trabajadores, o más bien como esclavos), a la que otra no menos famosa marca le continua con su “Just do it”: hazlo, podríamos traducirlo

Se trata entonces de una pasión por la suficiencia, pero que curiosamente no impide que las personas sean, seamos, cada vez más vulnerables a los avatares de la existencia.

Esta vulnerabilidad del sujeto moderno, es un hecho paradójico, puesto que la alianza entre la ciencia, la tecnología y el mercado abre, al menos esa es su promesa, un margen de posibilidades de realización personal y social nunca visto en la historia de la humanidad (por lo menos en el llamado primer mundo o sociedad del bienestar...).

Se constata sin embargo, en lo cotidiano de la vida de las personas, en lo familiar y en lo laboral, y consecuentemente en los dispositivos de atención, asistenciales o educativos, los efectos alienantes, de estigma y en ocasiones mortíferos sobre los sujetos, de esta promesa y de este empuje.

Pero es que además nuestra época promueve también, como la otra cara del individualismo, identificaciones colectivas –que bajo el signo de déficits, trastornos o estigmas varios-, pueden llevar a una uniformización que deja en el horizonte la posibilidad de nuevas segregaciones más o menos burdas o sofisticadas.

Hay que decir que una de las formas actuales de segregación es la uniformización. Puesto que el “todos iguales”, además de imposible deja poco margen al sujeto, para sus elecciones particulares, para la creación. Esta crítica al “todos iguales”, no se refiere al “iguales ante la ley, o ante los derechos”, que es una de las conquistas verdaderamente importantes de nuestra civilización y por la que vale la pena seguir luchando.

Entonces, me parece, que nos toca reflexionar sobre el ¿por qué esta pasión por la suficiencia y este avance incuestionable de la ciencia, provoca a las personas mayor grado de malestar, graves dificultades para el establecimiento del lazo social, en definitiva personas avocadas a una mala vida?

Intentaré aportar a esta imprescindible reflexión una respuesta. Una entre muchas, sin duda. Es una de las respuestas que guía la intervención que realizamos en el dispositivo del que les he anunciado hablaré a continuación.

Se puede decir que esta paradoja ocurre en virtud de que en la etiqueta, es decir en el marchamo, que identifica el producto como una oferta de liberación, hay un engaño, una trampa, la letra pequeña que inexorablemente aparece en todo contrato (y que hay que leer): eso que nos libera, eso que nos hace más libres –es decir, el acceso cada vez más rápido y para más individuos al consumo de todo tipo objetos, con la consecuente multiplicación de goces, que es a lo que habitualmente se le llama calidad de vida-, eso que nos libera, nos deja aún más solos.

“El hombre liberado de la sociedad moderna, está condenado a la más formidable de las galeras”, decía J. Lacan en 1948. Esta formidable galera es la soledad, el desamor y en consecuencia la errancia.

Ahora bien, más solos frente a qué, podemos preguntarnos.

Más solos frente a lo que desde Freud y gracias a él, sabemos: que hay en la cultura, es decir en la esencia misma del ser humano, un malestar intrínseco a él. Una disfunción estructural que hace imposible la realización total del Programa de la felicidad.

Es esta imposibilidad la que marca en toda su dimensión, para lo malo, pero también para lo bueno, la existencia del hombre.

A esta disfunción, Freud la llamó pulsión de muerte. O lo que es lo mismo el empuje del ser humano a la repetición de aquello que le hace sufrir.

Entendemos entonces, que es insuficiente hablar de la vulnerabilidad de las personas en la actualidad, ligada a la causa social que sin duda provoca mucha precariedad, sino no se conecta con una teoría del sujeto que incluya este hecho de estructura, que es lo que nuestra civilización, es decir la ciencia y sus aliados, pretende obviar, o más precisamente pretende suturar, y cuanto más rápido mejor.

Creemos que no tenerlo en cuenta:

- sea por la vía del saber ciego de la ciencia, cuando colabora con los sujetos a situar la causa de sus síntomas en la genética, que los deja sin el necesario quantum de responsabilidad para ser libres (no hay mayor ataque al sujeto y a su libertad que no permitirle ser responsable de sus palabras y de sus actos)
- sea por las respuestas del tipo “si tu quieres todo es posible” –que promueve un liberalismo salvaje en donde el otro no es mas que un puro competidor o simplemente un estorbo, con el consecuente deficitario lazo social
- sea por la vía de respuestas realizadas en nombre de un bien común que hay poder situar adecuadamente, pues sabemos que en nombre del bien se pueden hacer los mayores desastres, y la historia nos lo corrobora una y otra vez
- Sea con respuestas que se realizan bajo el efecto de la angustia o producto de la impotencia, con el efecto -que cada vez observamos más por ejemplo en los padres- de dejar caer a los hijos, bajo la idea de un “no puedo más”.
- Sea en nombre de una normalidad que no existe y que puede ser estigmatizadora

- En nombre de que sean los ideales, viejos o nuevos, nostálgicos o postmodernos, los que comanden la intervención más allá de las propias personas. Sabemos también que cuando el ideal está por encima de las personas el pasaje acto está servido
- O por último, sea en nombre de una supuesta verdad única y objetiva, siempre brutal

No tenerlo en cuenta, digo, empuja a las personas a respuestas que oscilan entre la alienación más debilizante (por ejemplo la enfermedad psíquica) o la separación más radical y destructiva (por ejemplo las toxicomanías, anorexias y bulimias o todas las formas de violencia hacia los otros); y a sus entornos, a los agentes sociales y a los poderes públicos, a callejones sin salida.

Se trata entonces para salir de estos callejones sin salida, de ir en contra de lo que nos deja más solos frente a lo inexorable del malestar en la cultura, de poner ciertos límites a la pulsión de muerte, a la repetición y a su promoción actual y no favorecerla de las diversas manera mencionadas.

Dicho esto, pasaré ahora a relatarles algunos aspectos de una experiencia que toma como orientación mayor las ideas expresadas y pretende así alejarse del tipo de respuesta mencionado que no toma en cuenta lo que hemos llamado la disfunción estructural del sujeto.

Relato de una experiencia

Se trata de la experiencia que se sigue en un dispositivo de inserción laboral, y que es una experiencia de vínculo, de lazo social.

Se trata de la FCJ, que da empleo más de cien personas, la mayoría de los cuales han sufrido cortes biográficos, rupturas subjetivas que han tenido consecuencias muy importantes en su vida.

Son personas especialmente frágiles, con desórdenes personales para los que apenas cuentan con recursos subjetivos con los que funcionar en la vida. Y que a menudo

han quedado avocados a las precarias posibilidades que les proporciona el uso de los diagnósticos, a menudo discriminador en lo cotidiano, o de la variada acepción sobre la discapacidad, más frecuentemente de los que pensamos, estigmatizador.

Se trata en su mayoría jóvenes, que acceden por primera vez a un puesto de trabajo después de un recorrido psicoeducativo especial o intentan retomar su vida laboral, pasado un tiempo, en ocasiones largo, de cierre sobre si mismo, después de la sorpresa angustiante del desencadenamiento fatal.

Ahora bien, es necesario precisar en qué condiciones un dispositivo así, es susceptible de favorecer la citada orientación, dado que se sitúa bajo dos palabras, protegido y trabajo, que pueden deslizar cualquier intervención con suma facilidad por una pendiente no deseada. Por ejemplo la sobreprotección o la explotación.

En qué el trabajo, por ejemplo da mayor calidad de vida, nos podemos preguntar, teniendo en cuenta, el nuevo orden laboral, es decir el de los contratos basura, el de las deslocalizaciones o el de la contabilización burocrática.

Entonces, un acompañamiento en un dispositivo así, requiere que se tengan en cuenta algunos de los siguientes aspectos:

1. Se trata de una empresa, lo que significa que en tal dispositivo no hay ni pacientes, ni usuarios, sino trabajadores
2. Entender que lo que le pasa a cada persona, es decir su síntoma, es lo más propio que cada cual tiene. Por lo tanto que no se puede tratar de tal manera que implique exclusión o segregación. Por supuesto siempre y cuando el sujeto esté dispuesto a tratarlo.
3. Que se necesita un tiempo particular para adquirir el estatuto de trabajador y que no se puede presumir cual será el límite de esta identificación.
4. El dispositivo a de colaborar en el deseo de construir un juicio, una historización propia sobre el desastre subjetivo, sobre las elecciones que ha podido hacer y está dispuesto a hacer en relación al o los acontecimientos y encuentros traumáticos de la vida, sobre las repeticiones que a menudo le han llevado a lo peor. Siendo la construcción de este juicio la que, de manera primordial, dará recursos al sujeto para

encontrar nuevas palabras con las que vincularse al otro. Palabras como por ejemplo, trabajador. Los recursos no son en este sentido habilidades sociales.

4. Que como mejor colabora una institución en este acompañamiento es funcionando como no-toda. Es decir que sosteniéndose en normas generales, garantía de que las actuaciones no están sometidas al capricho o arbitrio de tal o cual persona o ideal, admite formas particulares de vincularse con ella.

6. Que se acompaña a un sujeto a hacerse responsable de sus palabras y de sus actos. Un sujeto que muestra aunque sea levemente, su decisión para encontrar una salida al corte en la vida que produjo el encuentro traumático. Decisión que no es necesariamente del orden de lo que dice, es mas bien del orden de lo que hace. Es decir que ha de escucharse pero no en las buenas voluntades, sino en la relación que cada sujeto mantiene con su acto.

7. Para ello nos interesamos en lo que expresan de sus dificultades, malestares y limitaciones. Si se hacen o no cargo de ellas, si desean o no situarse bajo tal o cual decir familiar o social.

8. Y último, tiene que haber otro, en este caso un equipo, dispuesto a hacerse receptor de esas palabras, para en definitiva propiciar nuevos vínculos, no sólo acorde con las posibilidades de cada uno, más bien acorde con sus deseos.

Se trata entonces, como conclusión y resumen en esta experiencia realizada a partir del ámbito laboral.

- de acompañar a los sujetos en la construcción de nuevos lazos sociales;
- en la creación de una solución propia a sus dificultades, que les permita a vincularse lo más dignamente con el otro social;
- y de colaborar en el encuentro y eventual estabilización de suplencias, menos patológicas de las usadas hasta el momento.

Eugenio Díaz